

LA GRAN ILUSIÓN

CARTA TERCERA

(04-02-2008)

Apreciado hermano:

Vamos a hablar en esta carta de la ilusión de la materia. Nos damos cuenta, cuando empezamos a penetrar en los planos más sutiles, al despertar la clarividencia a nivel etérico, que las cosas dejan de ser como antes y pasan a ser transparentes. Esto lleva consigo un mensaje simbólico del que no daremos aquí la explicación, pues es algo que debe de ser meditado, sentido y vivido por cada uno de nosotros.

El mundo en el que somos conscientes (el físico) es una ilusión. Este mundo llega a nosotros a partir de determinadas “facultades”, a las que llamamos “sentidos,” desarrolladas por el Yo Superior a lo largo de millones de años de evolución, y que nos hacen, a cada uno, ver las cosas de modo distinto, dependiendo sólo del grado de sensibilidad alcanzado por los propios sentidos. Cuando uno despierta la clarividencia se da cuenta entonces de que, lo que hasta ese momento había sido una realidad demostrable y sólida era sólo un producto de la ilusión de sus sentidos.

Entonces, uno empieza a pensar que el hecho de ser clarividente tampoco le demuestra ni le aclara la realidad de Dios, puesto que está, simplemente, desarrollando más percepción, pero sigue dentro de la materia. No debemos olvidar que los planos que el hombre puede alcanzar no van más allá del Plano Físico Logoico (Séptimo Plano Cósmico), lo que implica que estamos siempre sometidos a la ilusión de la materia. Esta ilusión, a la que muchos maestros han llamado “La Gran ilusión”, nos atrae, y hemos de comprender que, mientras uno esta en el vehículo físico, rápidamente queda absorbido por ella y se deja llevar. No es hasta que se accede al nivel del Mundo del Espíritu de Vida, cuando todo se transforma y uno se libera en gran parte de esta Gran Ilusión; porque, entonces, el enfoque está en el Ego y la forma queda sólo como un vehículo para Servir.

La mente debe estar en silencio y, simplemente, en un estado contemplativo ya que, cuando la conciencia está enfocada en lo físico, la mente se enturbia y comienza a pensar en términos de pasado y de futuro, lo que lleva al Yo a una compenetración total con la materia. En ese momento, uno empieza a sentirse como algo aislado y separado del Todo, y la Ilusión toma el poder y la fuerza.

La experiencia nos ha enseñado que este problema existe en diversos planos, en concreto, en los de la forma (físico, etérico, de deseos y mental) y que sólo por encima de ellos puede uno escapar de lo ilusorio. (En el ciclo normal de la vida, esto ocurre cuando el Espíritu se desembaraza de todos sus cuerpos y, con sus átomos simiente, ingresa en el Eterno Ahora, abandonando toda ilusión).

Observemos que el tratar de imaginar lo que esto puede ser no hace más que dificultarnos el camino, porque estaremos consiguiendo precisamente lo contrario de

lo que queríamos, ya que crearemos más ilusión, como consecuencia de las formas mentales que crearemos en base a nuestra creencia de cómo puede ser.

Ello nos afecta más allá de lo que podemos imaginar y afectará, incluso, a la clarividencia ya que, al ir penetrando planos, veremos que las cosas cambian y que, siempre, el superior modifica lo visto en el inferior. Cuando uno, por ejemplo, observa un hada (espíritu de la naturaleza), lo que ve es la ilusión del hada, porque sólo desde los planos superiores a la materia es desde donde uno percibe la vida que representa esa criatura que llamamos hada; lo demás es fruto de la ilusión.

A medida que se va ascendiendo, desde lo físico hacia lo más espiritual, las formas van cambiando en cuanto a su percepción, pero siguen siendo *formas* usadas por la Vida. La mente tiene tendencia a crear formas para poderse explicar las cosas concretas aunque, si se reorienta esa tendencia, puede aparecer la vida misma detrás de esas formas.

Pongamos un ejemplo: Al mirar clarividentemente cualquier objeto, podemos percibir cosas distintas de él en cada plano, hasta llegar, por encima de los planos de la forma, a aquél en el que podemos ver la Vida Una manifestándose a través de esa forma física. Esto no inhabilita ni descalifica lo inferior, puesto que “*lo que es*” en cada plano resulta completamente real en ese nivel. Ello nos causó a los autores gran confusión al principio.

La única salida a todo esto es el silencio de la mente, y entiéndase por silencio no el dejar a la mente en blanco, lo cual es peligroso, sino el llegar a tener una mente entrenada, una mente capaz de estar callada, captando simplemente lo externo sin juzgarlo, y capaz de valorarlo luego, en los momentos en los que está en meditación.

Vuestros en el Servicio
Dos servidores